

ELENA SÁNCHEZ DE IRARRÁZABAL: Presentación de la obra "Pedro Lira Urquieta" (Santiago, julio 18 de 1989).

Elena Sánchez de Irarrázabal, con la participación de un grupo de investigadores, todos ellos vinculados a nuestra Pontificia Universidad Católica de Chile y a su Facultad de Educación, han llevado a cabo la tarea, cuyo fruto es un volumen de 200 páginas, de intentar una primera aproximación a la personalidad y a la obra de quien fuera durante largos años Profesor de Derecho Civil y Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales don Pedro Lira Urquieta.

La autora advierte que su obra tiene carácter introductorio, y ello es bien comprensible y justificado, tanto por la indole panorámica de su esfuerzo como porque varios de los ángulos de la producción intelectual de don Pedro Lira requerirían investigaciones monográficas, aún no realizadas, que analizaran en profundidad su pensamiento. La obra que hoy se nos ofrece es una cantera de materiales, en la que hay un gran tajo abierto, preparado para ir extrayendo de él muchos elementos de valor. Resulta muy acertado este esfuerzo, pues servirá de base y fundamento para lo que otros autores, o los mismos, vayan sacando a la luz más adelante.

La personalidad de don Pedro Lira merece justificadamente el calificativo de rica. Sería un atrevimiento de mi parte si, en presencia de tantas personas que lo conocieron más que yo, y en primer lugar de sus hijas y discípulos, me permitiera intentar siquiera un esbozo de conjunto de sus calidades y valores. Séame permitido, con todo, subrayar algunas características suyas que no fueron las únicas, ni tal vez las más relevantes, pero que me impresionan especialmente.

Pedro Lira fue un hombre dotado de grandes inquietudes. Su espíritu estaba admirablemente dotado para que en él encontrarán eco y sintonía muy variados intereses, problemas y situaciones. Pareciera como si lo que ocurría a su alrededor hubiera sido para él un desafío: desafío de conocer más y mejor esos hechos o ese campo de conocimiento; desafío de analizar en forma equitativa los diversos aspectos de ellos; desafío de intentar un juicio o una apreciación siempre distante de la descalificación o de la unilateralidad; y, lo que no es por cierto menos evidente, desafío de dar a su pensamiento, a su juicio de valor y a sus consideraciones, una expresión literaria exacta, elegante y depurada. Cuando se leen sus escritos se tiene la impresión de que su pensamiento se iba perfilando y precisando paralelamente a la búsqueda del ropaje estilístico adecuado. Pienso que don Pedro Lira hacía suya la afirmación de Honoré de Balzac, cuando ese gran escritor decía que no se sabe exactamente lo que se está pensando hasta que no se le ha dado forma escrita. ¿No será la explicación de la abundantísima producción de escritos de don Pedro Lira precisamente la necesidad que él sentía de escribir para dar forma y cincelar su pensamiento? Sin decirlo expresamente, su obra denota una percepción metafísica de que el ser es bello, y debe serlo porque es verdadero. Insinúa todavía una hipótesis: la pulcritud del estilo de Pedro Lira es el reflejo de un espíritu maduro, sereno, desapasionado, ansioso por no perder ningún destello de verdad que surgiera a su alrededor. Por esto es que su curiosidad intelectual abarca tantos aspectos como los que describe la obra de Elena Sánchez.

Lo anterior conduce en forma natural a apreciar otra característica destacada de la personalidad de don Pedro: su laboriosidad. Sin desconocer otras influencias, no puedo dejar de asociar a este rasgo suyo el hecho de haber sido alumno del Liceo Alemán de Santiago. Quienes tuvimos el privilegio de recibir allí nuestra educación y formación, recordamos el espíritu de trabajo, la perseverancia, el esfuerzo sostenido y el afán de excelencia de nuestros maestros. Hombres forjados en la austera escuela del Bienaventurado Padre Arnoldo Janssen, para quienes el trabajo era una forma importantísima de virtud, una respuesta adecuada a los dones de Dios, una cualidad ennoblecedora y digna del mayor respeto. Pedro Lira, ex alumno del viejo Liceo Alemán de calle Moneda 1661, fue un trabajador infatigable. Pedirle un esfuerzo o encomendarle un trabajo no era algo que encontrara en él una respuesta de desagrado o fastidio: era, por el contrario, darle una nueva y gozosa ocasión para ejercitar sus capacidades y para prestar un servicio, enriqueciendo, al mismo tiempo, el bagaje de sus pensamientos. Jamás la pereza tuvo un lugar en su existencia, y me imagino que siempre bendijo a Dios por darle la oportunidad de realizar muchas cosas y de emprender los más variados estudios.

Los éxitos no lo envanecieron. Conservó siempre la capacidad de discernir los valores ajenos y de admirar a otras personas. Sus ensayos sobre don Andrés Bello revelan hasta qué grado poseía el don de admirar lo valioso y de justipreciar la obra de los predecesores. Porque fue modesto y muy ajeno a hacer ostentación de su saber, por eso gastó sostenidos esfuerzos en dar a conocer personalidades relevantes y en investigar su valía y ejemplaridad.

Nuestra Universidad tiene muchas razones para honrar la memoria de don Pedro Lira. Entre ellas destaca una muy especial: escribió un bello libro sobre quien fuera Rector egregio de esta Casa de Estudios, el Excmo. Mons. Carlos Casanueva Opazo. Cuando se leen esas páginas se advierte que fueron escritas con mucho amor, con honda admiración y con profundo conocimiento de la personalidad de don Carlos, no sólo en lo que toca a su infatigable actividad externa, sino, lo que es más importante, en lo que se refiere a su riquísima vida espiritual. Debo confesar que la presentación de esta obra sobre don Pedro Lira ha sido para mí la ocasión providencial que me indujo a leer su obra "Don Carlos, un apóstol de nuestros días". Aunque conocí de cerca a Monseñor Casanueva, ignoraba hasta qué niveles, realmente místicos, llegaba la profundidad de su vida interior. Es verdad que siempre presentí que don Carlos era un varón habituado a vivir en la intimidad con Dios, pero mientras no hube leído el escrito de don Pedro Lira no tuve un conocimiento ni siquiera aproximativo de las alturas que alcanzaba la virtud del recordado y venerado Rector, ni de la hondura de su espiritualidad. Me agrego, pues, al número de los que sienten hacia don Pedro una sincera gratitud.

¿Cómo pudo don Pedro Lira penetrar tan profundamente en la interioridad de Monseñor Casanueva? Me parece que la explicación no es difícil de encontrar: don Pedro era, él también, un hombre de sólida vida interior. Hombre de oración, solícito en recibir los sacramentos, lector de obras cumbres de la literatura mística española, devoto de la Virgen María, austero en su vida, caritativo con quienes cruzaron su camino, enteramente ante el misterio de la muerte, que lo tocó tan de cerca y tan dolorosamente cuando falleció su amada esposa, Luz Larrain Vial, Pedro Lira era un discípulo de Cristo y un hombre de Iglesia, y por eso pudo comprender a su santo Rector y adentrarse en el camino estrecho y despojado que lo conduciría a la Casa del Padre. No es

una pura casualidad que ambos sufrieran en sus postreros tiempos una prueba bastante similar: la cruz de sentir nublarse su razón.

Pido disculpas por haber dicho tan poco sobre don Pedro Lira. Fue humanista, jurista, estilista, diplomático, amante esposo y tierno padre, real amigo, periodista, político, brillante profesor y colaborador inteligente en la Dirección Superior de nuestra Universidad. Fue un hombre justo y veraz. Pero por sobre todo, y en todo momento, fue un cristiano y en tal calidad fue todo lo demás.

Eso es lo que nos enseña Elena Sánchez de Irarrázabal y se lo agradecemos.

¡Muchas gracias!

† *Jorge Medina Estévez*
Obispo de Rancagua